

PLATICA

DE

AGUSTIN RIVERA

EN LA

PRIMERA COMUNION EUCARISTICA

DEL NIÑO

ALFREDO V. MUÑOZ

EN LAGOS, EN EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE,  
EL DIA 9 DE JUNIO DE 1893.

BX2237

R5

c.1

MEXICO—1894

DE F. BARROSO HERMANO Y COMPAÑIA  
Calle de la Buena Muerte núm. 8

79

BX2237

R5

c.1

004179



1080027134



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

PLATICA

DE

AGUSTIN RIVERA

EN LA

PRIMERA COMUNION EUCARISTICA

DEL NIÑO

ALFREDO V. MUÑOZ

EN LAGOS, EN EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE,  
EL DIA 9 DE JUNIO DE 1893,

UJANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO—1894

TIP. DE F. BARROSO HERMANO Y COMPAÑIA  
Calle de la Buena Muerte núm. 8



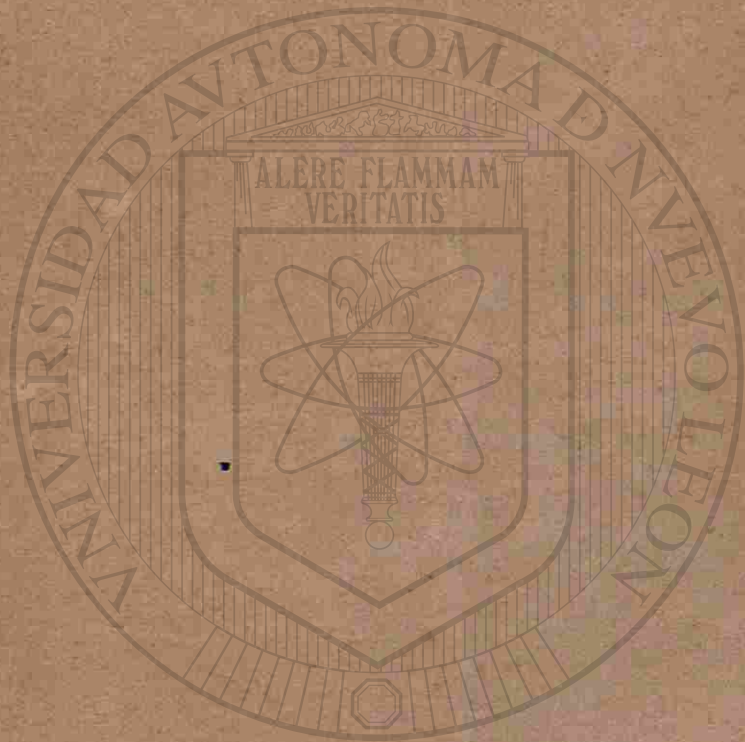
Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

41377





1080027134



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

PLATICA

DE

AGUSTIN RIVERA

EN LA

PRIMERA COMUNION EUCARISTICA

DEL NIÑO

ALFREDO V. MUÑOZ

EN LAGOS, EN EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE,  
EL DIA 9 DE JUNIO DE 1893,

UJANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO—1894

TIP. DE F. BARROSO HERMANO Y COMPAÑIA  
Calle de la Buena Muerte núm. 8



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

41377



Bx 2232  
125



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capítulo de la Universidad  
de Nuevo León

La preciosa composición que por encargo doy á la estampa necesitaria de un prólogo que la realizara ó que apuntara siquiera, las notables bellezas en que abunda? Basta i sobra con su portada, en que se lee el nombre del autor, consagrado hace tiempo por la fama nacional como uno de los más brillantes florones de las letras mexicanas. Pero muy grandes motivos me obligan á obsequiar la súplica de escribir estas líneas bajo tal nombre: 1º Mi egoismo que me hace aprovechar con avidez la envidiable oportunidad de poner una inscripción en el grandioso monumento que con sus obras se ha levantado á sí mismo el autor de la presente. 2º El deseo de ser el primero en pisotear la rabiosa envidia de algunos que no pudiendo atacar en el Sr. Rivera, ni al sabio historiador y crítico, ni al inspirado orador sagrado, pretenden atacar al sacerdote católico, acusándolo de discidencia en puntos de enseñanza cristiana. ¿Qué *mentis* más terminante se les puede arrojar á la cara que esta pequeña plática, preciosa profesión de fé que destila piedad y que en un reducido número de tiernas frases condensa la doctrina católica, apostólica, romana, sin excluir sino lo que siempre calla la prudencia cristiana delante del niño? 3º La piadosa intención de poner sobre la tumba del editor una insignificante flor. Hace diez días que me encargaba la placentera tarea de estas líneas, y á esta hora ya contempla desde la eternidad la torpeza con que la cumplo!

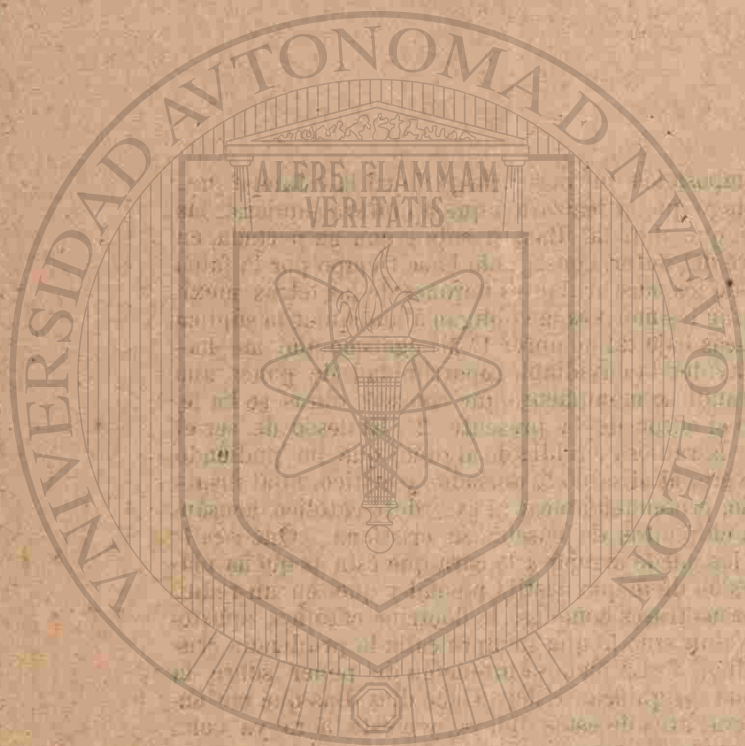
El patriótico Sr. Dr. D. Agustín Rivera ha agotado, por desgracia, la herencia de sus padres, ilustrando á su país, é incapaz de solicitar ni aceptar subsidio alguno, guardó su pluma rompiendo para siempre sus amadas relaciones con la imprenta; pero el editor de esta plática, al terminar la fiesta religiosa en que fué pronunciada, tuvo la felicidad, para lograr el permiso de imprimirla, de pensar interponer la única súplica omnipotente, la del niño, amado como un hijo, que había sido el objeto de ella. Séale la tierra leve á quien nos proporcionó la dicha de esta lectura, última producción, acaso del autor, en la cual hemos visto al genio plegar las alas para bajar hasta el nivel del niño y marcarle con precisión el camino de la vida cristiana.

Vicente Veloz.

México, 19 de Diciembre de 1893.

004179





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum: Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut te ipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ.*

«Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón i de toda tu alma i de todo tu entendimiento. I el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la lei i los profetas.»

Evangelio de San Mateo, cap. 22 vers. 37 i siguientes.

Niño! En este día solemne, en que la Iglesia celebra al Sagrado Corazón de Jesús, vienes á hacer tu primera Comunión Eucarística, i á ofrecerle tu corazón al Sagrado Corazón de Jesús, i yo vengo á entregarte mi corazón. Si no vengo á hacerte la ofrenda de la ciencia, á hablar con la elocuencia de Demóstenes i Cicerón, sino á hablarte el lenguaje sencillo del corazón.

No vengo á hacerte una ofrenda de riqueza: no se escuchan los repiques á vuelo, ni los acentos del órgano de una catedral, ni las notas dulcísimas de Rossi i de Bellini; no se ven arder gruesos cirios en blandones de oro i plata; no se percibe el perfume del incienso. En esta fiesta de pobres no se ve más que á un padre i una madre que lloran, unos amigos que están de pié, asistiendo á la consagración de un niño al Señor, i un viejo que predice á este niño la felicidad.



Vengo á entregarte mi corazón i por medio de ti ofrecerlo al Sagrado Corazón de Jesús; porque escrito está, que el que da un vaso de agua fria á un sediento, hace una oblación á la divinidad, i que el que enseña á un niño hace una ofrenda mui agradable al corazón de Dios (1).

En estos momentos en que te voi á dirigir la palabra, yo ruego á Dios que no permita que mi corazón se conmueva demasiado, para tener la tranquilidad de espíritu que necesito para hablarte de Dios, de tu alma, de tu felicidad, los objetos más caros á mi corazón. Si, porque tú eres mi vida, porque por tí i para tí Dios ha prolongado mi vida unos pocos días más sobre la tierra.

Muchas veces me has visto reir, jugar contigo, porque soi tu ayo, i ahora me presento ante tí vestido con ropas sacerdotales, con una túnica blanca, i un bonete sobre mis canas, como un profeta de Dios que viene á enseñarte los caminos de la vida. Soi tu ayo, porque te puse en las manos el alfabeto que es el principio de la vida intelectual, i en consecuencia, de la vida social. El alfabeto es la redención del hombre, porque lo redime de la ignorancia, dándole la ilustración, i la ilustración produce la libertad, i la libertad la prosperidad i la ilustración, la libertad i la propiedad producen el bienestar social. El jornalero es pobre porque no conoce el alfabeto. El jornalero es esclavo porque no conoce el alfabeto. El jornalero i la mujer de enaguas de chomite creen en el mal de ojo, en el tecolote, en las brujas i tienen su alma esclavizada i embrutecida con multitud de preocupaciones, consejas y patrañas, por que no conocen el alfabeto.

Después de tus amorosos padres yo soi tu padre, porque la Providencia me ha asociado á tí en el ministerio de la paternidad i de la suerte futura. Soi tu padre, porque cuando naciste te recibí en mis brazos, te llevé en ellos en los años de tu infancia. En todos esos años, desde que te desprendiste de los pechos de tu buena madre, yo te ponía

*1 Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.*

Evangelio de San Mateo. cap. 5, ver. 19.

todos los días el alimento en la boca con mis propias manos, como se cria un pajarito; te he resguardado del aire i del agua, del frio i del calor, con la solicitud de un padre i una madre; he presidido i aun intervenido con placer en tus juegos infantiles, el trompo, la pelota, el papalote, etc., i hoi soi tu padre con un nuevo título, porque vengo á alimentarte con el Pan de la palabra de Dios i con el Pan de la Eucaristia. Vengo á recibir tu credo, la profesión de la fé que con el hecho más santo vienes á hacer al pie del altar, en uno de los días más memorables de tu vida, el día de tu primera Comunión Eucarística, el día de la iniciación del adolescente en la vida católica i social.

¿Cuál es tu credo? ¿cuál es tu profesión de fé? «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra.» Tal es el principio de tu simbolo. Ciertamente tú entiendes de tu simbolo lo suficiente para la recepción de los Sacramentos; pero estás muy lejos de comprender bien todas las grandes i profundas verdades que encierra tu simbolo, porque á la edad de nueve años dos meses, tu inteligencia es como el botón de una flor que comienza á entreabrirse á los primeros rayos de la aurora. Por esto voi á enviar á tu alma otros rayos más de luz, voi á explicarte, aunque sea brevemente, los principales artículos de tu credo, i respecto de algunos de mis conceptos que no se prestan á tu capacidad primaveral, ellos van dirigidos á ilustrar la razón i la fé de mis demás oyentes, que han venido á participar de la palabra santa.

Ah! Hoi, con la sonrisa de la inocencia vienes á recibir la Eucaristia, á recibir á un Dios que fué niño como tú en el pesebre de Belem; pero cuando llegues á la juventud, cuando con el alfabeto en las manos, con el libro, ese hijo de Guttemberg, el más célebre de los inventores i uno de los más grandes bienhechores de la humanidad, conozcas el mundo moral, lo verás agitado, despedazado por centenares, por millares de religiones diversas, i á cada religioso condenando al infierno eterno á todos los habitantes del mundo que no profesan la religión que él. Los protestantes creen que todos los católicos nos condenamos, por-



que no profesamos la religión de ellos, i lo afirman, no solamente el pueblo bajo, sino innumerables sabios del protestantismo. El luterano condena al calvinista, porque no profesa la doctrina de Lutero; el calvinista condena al cuáquero, porque no profesa la doctrina de Calvino; el cuáquero condena al mahometano, porque no profesa la doctrina que, según él, reveló el Espíritu Santo á Jorge Fox; el mahometano condena al infierno eterno á todos los seres humanos que no creen en Mahoma; los chinos á todos los que no creen en Confucio; los habitantes de Siam, á todos los que no adoran al elefante blanco, etc., etc.; mientras que tú repites al pié del altar: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra.»

Oh, niño! afirmate en tu religión i repite cien veces tu profesión de fé. Levanta los ojos al cielo i mira ese sol que todos los días sale por el Oriente i se oculta en el Ocaso, i que por siglos i siglos sigue la gloriosa carrera que le trasó el Eterno desde el principio del mundo. Mira la multitud de astros que pueblan la inmensidad del firmamento y ellos te contarán la gloria de Dios i anunciarán las obras de sus manos: *Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* (1).

«Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra.» Mira los vapores levantándose á lo alto i formando gruesas nubes, i las nubes desatándose en abundantes lluvias sobre los montes, i de los montes bajando el agua á torrentes i formando caudalosos ríos, y los ríos fertilizando los campos, i los campos produciendo abundantes espigas i árboles encorvados bajo el peso de ópimos frutos en todo el haz de la tierra: el delicioso banquete que el Padre de la humanidad ha preparado á todas sus criaturas. Creo en Dios Padre providente de todos los hombres.

I en medio de esta magnífica naturaleza, contempla al rei de la creación: el hombre. El hombre en cuanto al cuerpo, es de los animales más débiles i miserables. Todos los animales nacen sin el auxilio de nadie, con la faci-

1 Salmo 18, verso 2.

lidad con que se desprende del árbol el fruto maduro; mientras que el hombre, para nacer, necesita del auxilio de diversas personas i de los recursos de una ciencia que se llama obstetricia.

Todos los animales nacen vestidos, prevenidos i resguardados contra el aire, contra el frío i contra todas las hostilidades de la naturaleza, unos con gruesas pieles, otros con plumas, otros con escamas, etc.; mas el hombre nace desnudo y llorando.

¿Y será éste el rei de la creación? Todos los animales nacen armados i con defensas preparadas por la misma naturaleza contra todos sus contrarios, unos con cuernos como el toro i el rinoceronte; otros con uñas, como el gato i el leon; otros con dientes, como el perro i el jabalí; otros con picos, como las aves; otros con veneno como los reptiles i los insectos, etc., i los que no traen estas armas defensivas, traen la ligereza para huir de sus enemigos, unos en las piernas, como la liebre, el venado i la pulga, otros en las alas, como la pobre paloma, etc. Sólo el hombre nace inerme. ¿Cómo se defenderá del leon i el tigre? ¿Cómo podrá dominar á todos los animales i ser el rei de ellos? Carece de alas, ¿cómo podrá ser el rei del aire i salvar los montes i los valles? No tiene los pulmones como los peces, un poco de agua le ahoga i quita la vida en un momento; ¿cómo podrá ser el rei del agua i dominar los ríos i los mares? ¿Cómo dominar el fuego?

Niño: mira atentamente al hombre i descubrirás en su cabeza la corona del rei de la creación. Dentro de su cabeza encontrarás un órgano mui pequeño, que se llama cerebro: la lámpara del pensamiento, semejante á la lámpara que arde en el fondo del santuario; ¡el pensamiento! que le constituye en imagen i semejanza de Dios, participante de la sabiduría de Dios, de la omnipotencia de Dios, de la inmensidad de Dios, de la soberanía de Dios i con el que dominará á todo el mundo.

Con el pensamiento, el hombre inventó unos instrumentos llamados el arco i las flechas, i con el arco i las flechas mató i dominó á todos los animales. Con el pensamiento



inventó una cosa llamada arco, primero de bejuco i después de piedra, i con el arco formó un puente, i ahuecó el tronco de un árbol i formó una canoa, i con la canoa i el puente dominó los ríos. I después formó una canoa más grande, llamada navío, i con los navíos dominó los mares. I con el pensamiento inventó la barreta, la pólvora i la dinamita, i descendió á las profundidades de la tierra i le arrancó sus entrañas de oro i plata. I con el pensamiento encerró el fuego en una caldera, en una locomotora, le hizo su prisionero, produjo el vapor, i con el vapor ha salvado los montes i los valles. Encerró el fuego en un globo, i con el globo aerostático ha hendido i viajado por los aires con más velocidad que el águila i la golondrina. A semejanza del antiguo Júpiter, aprehendió el rayo con su diestra, lo arrancó del seno de la nube i le dijo: «Aquí caerás solamente.» I con el pensamiento inventó un instrumento llamado telescopio, i con el telescopio ha viajado por la inmensidad de los cielos, los ha registrado como se registran los rincones de una casa, ha hecho prisioneros dentro de su telescopio á los astros i los ha obligado á que le descubran las leyes perpetuas con que se rigen desde el principio de los siglos, las leyes eternas que les impusiera el Criador de los cielos i de la tierra. «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra.»

El hombre ha recibido un don que no han recibido los animales, el don divino de la palabra, que es el retrato del pensamiento según la definición de Aristóteles; es el mismo pensamiento interior, que en los labios toma una forma exterior i corporal. La palabra, dice con sublimidad San Agustín, es el verbo del pensamiento eterno del Padre, el Verbo del Padre se hizo carne i apareció en la tierra bajo la forma exterior i corporal de hombre (1).

Si, porque el hombre es una imagen i semejanza de la Trinidad. I el hombre con su palabra, desde la primera

1 *Sicut verbum meum apud me est et transit in vocem, ita Verbum Dei apud Patrem erat et transivit in carmen.* (Citado por Ventura de Ránlica en su Sermón de la Santísima Trinidad.

edad del mundo, reunió á los demás hombres en derredor suyo, primero en familia, después en tribu, después en ciudad, después en nación, i después creó el derecho de gentes, i por medio de él la sociedad de todas las naciones. I con sus pensamientos redujo la palabra á signo, primero el jeroglífico, después el fonético i después el alfabético i con la escritura hizo avanzar mucho al género humano en la marcha de la civilización. I no contento con esto, le dió á los signos alfabéticos una forma plástica, primero de madera, después de plomo, i últimamente de fierro: inventó la imprenta, i con la imprenta ha llevado su palabra desde el palacio hasta el taller i desde el templo hasta la cabaña, i ha ilustrado á todos los pueblos; con la imprenta ha salvado todos los espacios del globo i todos los tiempos. I por medio de la electricidad ha enviado su palabra por medio de un alambre, desde México hasta Pekín en mui poco tiempo, aprisionando al globo dentro de una red telegráfica. I por medio del fonógrafo ha hecho hablar al Papa en Nueva York.

Qué más? Y la muerte? Ha podido el rei de la creación libertarse de la muerte? No se podrá llamar al hombre más bien que rei de la naturaleza, una de las innumerables ruedas de la inmensa máquina de la naturaleza i á su vez víctima de la naturaleza? Oh dolor! Los sepulcros de que está cubierta la tierra, dan testimonio del paso continuo de la muerte en el carro de la naturaleza, arrollando i haciendo pedazos á los seres humanos, sin respetar sexo, edad, cetros i coronas, sabiduría, santidad ni condición alguna. Muere el niño al nacer sin ver la primera sonrisa de sus padres: *cui non risere parentes*. Qué objeto tuvo Dios al crear á este sér humano? Muere la doncella en la flor de su edad. De qué sirvió el germen de muchos hombres felices que el Criador depositó en el seno de aquella criatura? La muerte arranca al padre de familia de los brazos de su esposa i de sus pequeños hijos de quienes era el único sustento, como el labriego se lleva en su fiera mano al avechita, dejando á sus polluelos piando de dolor en su nido, en el que mueren de hambre. Qué Providencia amorosa hai



en esto? El artista, el sabio, el filósofo, el hombre eminentemente útil á su patria, es conducido al sepulcro, i los gusanos, unos seres viles que no sirven de nada, son alimentados con los despojos del rei de la creación. Qué sabiduría hai en esto? Casi todos los hombres mueren entre tormentos i gritos de dolor, á los golpes de la naturaleza, semejantes á los que el fiero leñador descarga con su hacha sobre el arbol indefenso. Dónde está aqui el padre amoroso de sus criaturas?

Tal es el lenguaje del incrédulo, que no ve en este universo sino una especie de tela de Penélope: tejer y destejer, edificar i destruir, morir unos seres para que vivan otros, una química continua, una combinación i transformación perpetua de los seres, i un mundo respecto del cual el hombre por su limitada inteligencia, no comprende cuándo ni cómo ha de acabar. Mas el creyente profesa el dogma de la Creación del mundo tal como se refiere en el Génesis, i oye salir esta voz del fondo del antiguo Edén: «Morirás.» El rei de la creación no ha podido libertarse de la muerte, porque desde luego que pecó el primer hombre, la muerte es una lei de la naturaleza; la muerte es el salario del pecado, según la sublime palabra de San Pablo: *Stipendia enim peccatorum* (1).

Sin embargo, el hombre encontró en el Calvario una libertad del pecado, una redención por el amor i la expiación, i en la resurrección de Jesucristo, encontró el hombre, el rei de la creación, un triunfo de la muerte i su propia resurrección á una vida inmortal.

I aun en esta vida, el hombre encontró con su pensamiento, primero un arte i después una ciencia para prolongar lo posible la vida, por setenta, ochenta i más años. Qué sería del hombre sin la medicina? Moriría poco después de nacer, porque desde el primer momento necesita del primer medicamento, de la preparación del paladar para recibir el primer alimento, el sabroso néctar, la leche de los pechos de la madre. Oh niño! te diré con la Escritura: «Honra al médico,» porque es el representante de Aquel

1 Epístola á los Romanos, capítulo 6, verso 23.

que es el Supremo Conservador de los seres. ¡Oh vosotros todos, los que alguna vez habeis estado postrados en el lecho del dolor i habeis sido levantados de él, por Dios, por la mano de su sacerdote que es el médico, sedme testigos de esta verdad! I yo lo soi también. Qué sería de mí, si no me hubiera curado á la edad de dos años el Dr. Antonio M. del Campo, i á la de dieziocho el Dr. Ramón Salcedo, i después otros muchos médicos hasta el dia de hoy. ¡Oh ministros de Dios, yo os bendigo en esta solemnidad, con toda la efusión de mi gratitud.

Desde el principio del mundo, los hombres comenzaron á observar que ciertas yerbas eran buenas para curar las enfermedades; para los patriarcas su huerto era su proto-medicato; i de descubrimiento en descubrimiento, fueron los hijos de Adam avanzando en su carrera triunfal, hasta llegar en el siglo XIX á un asombroso progreso en todas las ciencias médicas.

Ellos han libertado á la humanidad de las calenturas intermitentes con la quinina, han contenido la hemorragia de la arteria con la ligadura; han salvado la existencia del herido con la amputación del miembro, han evitado con la inoculación la explosión del virus; han pulverizado con la litroticia la piedra en los intestinos; han devuelto el movimiento á los paralíticos con un fluido divino; han devuelto la vista á los ciegos con la operación de la catarata i, para abreviar, pues me haria interminable, han adormecido el dolor i mitigado el suplicio con el cloroformo. No tiene duda, el hombre es el rei de la creación. Oh niño! tú eres pequeño, i sin embargo, yo descubro delante de tí mi cabeza cana y te saludo como el rei de la creación.

«Creo en Dios padre Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra, y en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro, que fué concebido por obra del Espíritu Santo.» Los católicos y los protestantes, es decir, el mundo civilizado, dobla la rodilla ante Jesús de Nazaret, como Dios y hombre verdadero.

«I nació de Santa María Virgen.» Niño, esta creencia de Santa María Virgen, consérvala toda tu vida como una



flor en tu pecho, y esta rosa de Jericó, esta azucena del Carmelo, esta rosa del Tepeyac exhalará un perfume que te fortalecerá en todas las penas de la vida i embellecerá el camino de tu peregrinación sobre la tierra.

«Padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto i sepultado.» Cómo! Dios azotado como un esclavo! Dios muerto! Dios bajo la loza de un sepulcro! Qué es esto, sino una multitud de absurdos? La sabia Grecia i la sabia Roma profesaban la creencia de los *Dioses inmortales*, que llevaban en triunfo al Partenón y al Capitolio, i que se oyen á cada paso en la Iliada, en la Eneida, en las arengas de Demóstenes i en las oraciones de Cicerón. Así es que, cuando un pescador de Galilea i un curtidor de Tarsis, con los piés descalzos i una tosca cruz de madera en las manos, se presentaron por primera vez, aquel en Jerusalem i en el Capitolio, i éste en el Areópago de Atenas, enseñando al mundo una nueva religión, diciendo: *Dios murió*, los rabinos de Israel, los sabios de Grecia i Roma i todo el mundo se quedó atónito. Aquello, dice San Pablo, pareció un escándalo á los judíos i una locura á los gentiles: *Cristum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam* (1).

I sin embargo, la religión del Dios muerto venció á la antigua Grecia i á la antigua Roma, ha civilizado al mundo, y lo que ignoraban aquellos sabios lo saben hoy nuestros niños de escuela: «Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir? Porque junto con ser Dios era también hombre mortal.»

«Descendió á los infiernos, y al tercero día resucitó de entre los muertos.» Como decía antes, el pecado encontró en el Calvario una redención por el amor, i el hombre encontró en la resurrección de Cristo, la resurrección de él mismo á una vida de eterno amor. Sí, como la crisálida sale de su tumba convertida en mariposa que con pintadas alas vuela por el pensil; como la semilla brota del seno de la tierra convertida en fructifera planta, i como Jesucristo se levantó glorioso del sepulcro, así resucitaremos todos ven-

1 Epístola 1.<sup>a</sup> á los Corintios, cap. I, ver. 23.

cedores de la muerte á una vida inmortal. «Creo en la resurrección de la carne i la vida perdurable.»

«Subió á los cielos i está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.» Sería imposible, niño, seguir paso á paso, i explicarte en tan breve rato cada uno de los artículos de tu simbolo; basta recordarte éste: «La Santa Iglesia Católica,» y decirte que profeses toda tu vida la fe de la Santa Iglesia católica. «Qué cosa es fe?—Una luz i conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice i la Iglesia nos propone.»

Ora á Dios con la oración que él mismo te enseñó: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, etc.» Ora á la madre de Dios con la oración del Arcángel Gabriel, de Santa Isabel y de la Iglesia: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, etc.»

«Los Mandamientos de la lei de Dios son diez. El primero, amarás á Dios sobre todas las cosas. El segundo, no jurarás el nombre de Dios en vano, etc.»

Niño, honra i obedece á tus padres, no mientas jamás, no tomes nunca á nadie lo suyo, i en fin, ama á Dios sobre todas las cosas i á tu prójimo como á ti mismo; i en medio de la valumba de religiones que agitan al mundo, tu irás seguro. Santifica las fiestas i trabaja todos los demás días de la semana. No esperes la suerte i la buena ventura como los gitanos, esto es, sin trabajar; pues un axioma dice: «La diligencia es madre de la buena ventura» i aun en la gentilidad, en que se creía que todo venía del hado, los filósofos decían que cada uno tenía en su mano su hado (1).

Es verdad que el trabajo es una pena impuesta por Dios desde el principio del mundo, pero desde que Jesucristo santificó en la cruz todos los dolores, el trabajo viene mezclado de placer. Por eso el labrador, que herido por los rayos del sol, lleva la mancuera en la mano, pensando en su esposa ó en sus hijos, trabaja con placer. Por eso el sabio, que inclinado sobre su mesa escribe un libro pensando en

1 Unusquisque est sibi suum fatum (Plinio, Historia Natural, libro 29).



la patria, trabaja con placer. Por eso el misionero habita con placer en el aduar del apache ó del comanche, pensando en las almas rescatadas por la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso el tipógrafo en su humilde posilga, coloca con placer las letras en la plancha, pensando en que aquel papel va á ilustrar al pueblo. ¡Hoy, obedece, ayuda i ama mucho á tus padres, porque son para ti los representantes de Dios, según la palabra de la Biblia: *Ex quo omnis paternitas in caelis, et in terra nominatur* (1).

Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia son cinco. «El primero, oír Misa entera los domingos i fiestas de guardar.» Cuando vengas á la Misa, ora á Dios con profundo recogimiento i sin levantar tus ojos del polvo; porque aquellos que están en Misa miran ó hacia todas partes, ora los adornos del templo, ora los trajes de los caballeros i las señoritas, etc., i divertidos con los acentos de la música, no son buenos católicos, pues huyendo de los trabajos domésticos vienen á divertirse en el templo como si fuera un teatro.

«El segundo, confesar á lo menos una vez dentro del año por la Cuaresma, ó antes si se teme peligro de muerte, ó si se ha de comulgar.» Cuando te confieses no vengas como el fariseo á acusar á otros, diciendo que son impíos i malos, i que tú eres hombre sensato, honrado i virtuoso, sino acúsate con la humildad del publicano.

«El tercero, comulgar por Pascua Florida.» He aquí lo que vienes á hacer en estos momentos, á recibir á Jesús en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, acerca del que ya sabes lo que tu capacidad te permite entender. No navegaré contigo en alta mar sobre el más grande i profundo de nuestros misterios, porque eres niño, i yo también soi niño, i por lo mismo haré lo que hizo el anciano Jeremías cuando al tratar de declarar grandes misterios, imitando la voz balbuciente de un niño, dijo: «A, a, a, no sé hablar, porque soi niño» (2).

Te diré, pues, únicamente, que cuando tengas al dul-

1 Epístola de San Pablo á los Efesios, cap. 3, ver. 6.

2 Profecía de Jeremías, cap. I, ver. 6

císimo Jesús en tu tiernecito corazón, en el lenguaje sencillo de los niños le pidas por tí, por tu papá, por tu mamá, por tus abuelos, por tu hermanita, por tus tíos, por tu médico, por tu maestro, por mí i por todos tus prójimos; i el Dios que dice en sus Escrituras que tiene placer en platicar con los niños: *cum simplicibus sermocinatio ejus*, te amará mucho, te abrazará i te coronará de bendiciones eternas.

«El cuarto, ayunar cuando lo manda la Santa Madre Iglesia.» Cuando llegues á los veintiun años, ayuna, porque el ayuno, dice Santo Tomás, no es más que la lei de la sobriedad i por lo mismo no se impone este precepto al adolescente, ni al anciano, ni al que tiene debilidad corporal, ni al que tiene necesidad de trabajar, sino sólo al que tiene necesidad de la lei de la sobriedad. Porque el comer i beber con exceso produce la pesadez del cuerpo, embota las facultades del alma (pues dice San Jerónimo que «vientre gordo nunca produjo ingenio agudo»), i hace al hombre repugnante al trabajo, inclinado á la holgazanería é inútil á sí mismo, á su familia i á su patria.

«El quinto, pagar diezmos i primicias á la Iglesia. Amén.»

Si Dios te concediere un pequeño campo, corta algunos manojos de espigas i entrégalos á la Iglesia para sustento de sus ministros, porque son hombres i necesitan de alimento, por lo que dice el Evangelio de San Mateo: «Digno es pues el operario de su comida:» *Dignus enim est operarius cibo suo.* (1)

«Los pecados capitales son siete. El primero soberbia, el segundo avaricia,» etc. Niño: á la palabra del soberbio responde con el silencio de la humildad, i á los odios, las envidias, las venganzas i las murmuraciones, opón la fuerza de inercia de la prudencia i la venganza de los beneficios.

Practica las obras de misericordia. Da un vaso de agua al que tenga sed; cura con tus propias manos las cinco lla-

1 Cap. 10, verso 10.



gas de Jesucristo en las llagas del enfermo; di una palabra de consuelo á los oídos del moribundo que le haga más suave la partida de esta vida para la eternidad, i el día que saques de la cárcel á un hermano, será el más bello de los días de tu vida.

I en fin, practica la religión de las Bienaventuranzas.

Un día, un hombre sentado en la peña de un monte, predicaba á numerosas turbas una doctrina que jamás habia oído el mundo. Vestía una túnica morada, una rizada cabellera de color castaño claro flotaba sobre sus espaldas al soplo de las brisas del Genezareth, su semblante en majestad era infinitamente superior al del Júpiter Olímpico, i en ternura era infinitamente superior al semblante de una madre; i con una voz más dulce que la primera mirra enseñaba una nueva religión diciendo: “¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!».....

¡Oh hijo! profesa la religión de las Bienaventuranzas, i serás feliz en esta vida i en la otra.

Esto deseo á tí i á todos, en el nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo. Amén.

*Lagos, 9 de Junio de 1895.*

Agustín Rivera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

004